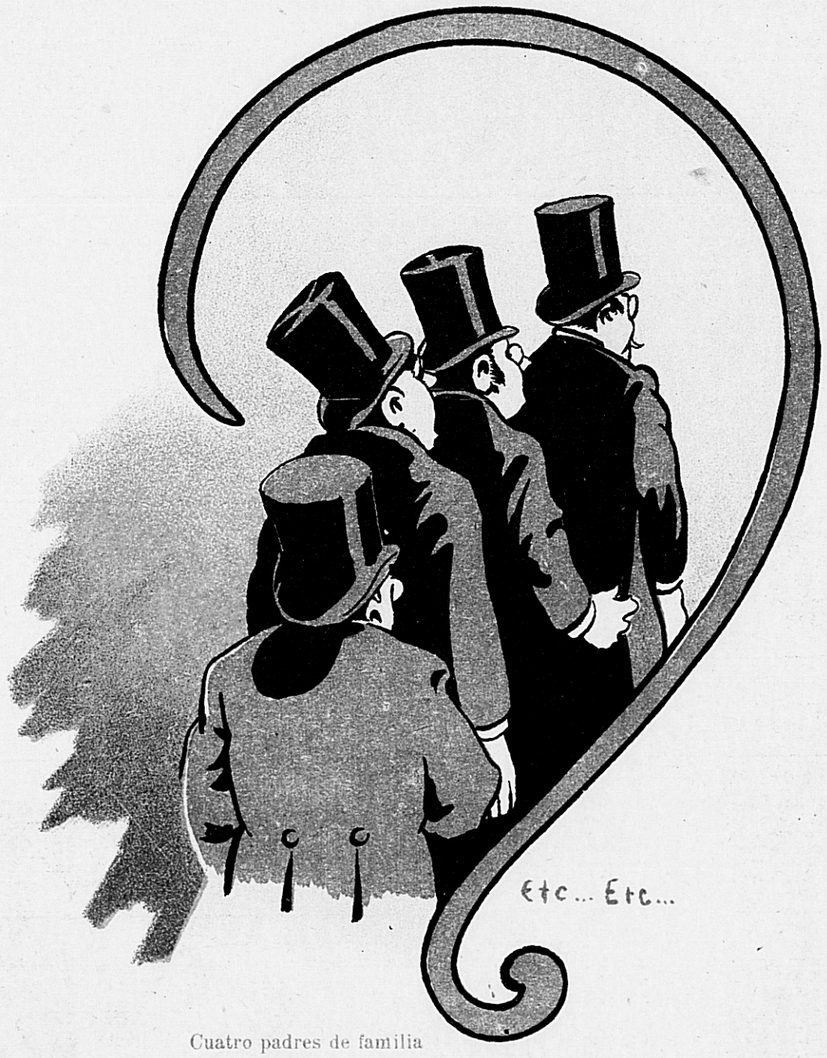


Cuatro padres de familia
que van á ver la Belen,
y dicen que está muy mal
lo que les parece bien.

695

La Saeta

6 OCT. 1973

20 cts.



MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tio Findama, La Caza Ilustrada, y Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón y Madriles.

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Por teléfono:

—¿No es verdad, Carmencita, que me estoy volviendo algo majadero?

—No, señor. Yo le he conocido á usted siempre así.

Acercándose cierto día un gitano á un tabernero con tres chiquillos desnudos, le dijo éste:

—Hombre, veo que tus hijos y mi hacienda están del mismo modo.

—¿Pues cómo están?

—En cueros.

Un tenor nuevo logra que se le permita hacer su presentación en un teatro de provincia de tercera clase.

Empieza á cantar, y el director le interrumpe á las cuatro ó cinco notas.

—Está bien,—le dice,—déjeme usted las señas de su casa, y ya le avisaré en caso de apuro.

—¡Cómo en caso de apuro!

—Por ejemplo, si un día se declara fuego en el teatro.

—¡A mí!

—Sí, le llamaré para que grite ¡fuego!

Decía un sargento á un quinto:

—¡Vaya unas manos! ¿No le da á usted vergüenza tener las manos tan descuidadas?

El quinto.—¿A esto llama usted descuido? ¡Esto no es nada! ¡Si viera usted los pies!

Dos rateros, que no se conocían, se encontraron en un paseo, y hallándose el uno distraído, notó que el otro le metía la mano en el bolsillo.

—Haces mal en robarme,—le dijo,—porque soy de tu oficio y no tengo dinero.

—No importa,—le repuso el otro,—la gente rica está veraneando y hay que ejercitar la mano para cuando vuelva.

—Papá, ¿siente usted encono hacia ese joven que va á casarse conmigo y separarme de usted?

—Ninguno, hija mía, ni lo sentiré jamás, salvo en el caso de que te diese motivos para volver á mi lado.

Charada

Mi *una-doble* con acento
y *segunda* repetida
me compraron, hace poco,
es decir, el otro día,
un *todo* dentro de un marco
forrado de percalina,
para estudiar cuando quiera
algo de Geografía.
Conque ya ves tú, lector,
si es la charada sencilla.

MORENO

Jeroglíficos comprimidos

I

Sor C

A. NOGUÉ

II

VI Ta VI

A. S. C.

III

```
 7 2 9
 1 3 5
 -----
 8 6 4
```

J. P.

Charadita acróstica

1.ª	3.ª	Superior
2.ª	2.ª	Criatura
	3.ª 4.ª	Animal
1.ª	4.ª	Nombre de mujer
Todo:		Flor

I. TESPON

Soluciones á lo insertado en el núm. 694

CHARADA.—Recaredo.

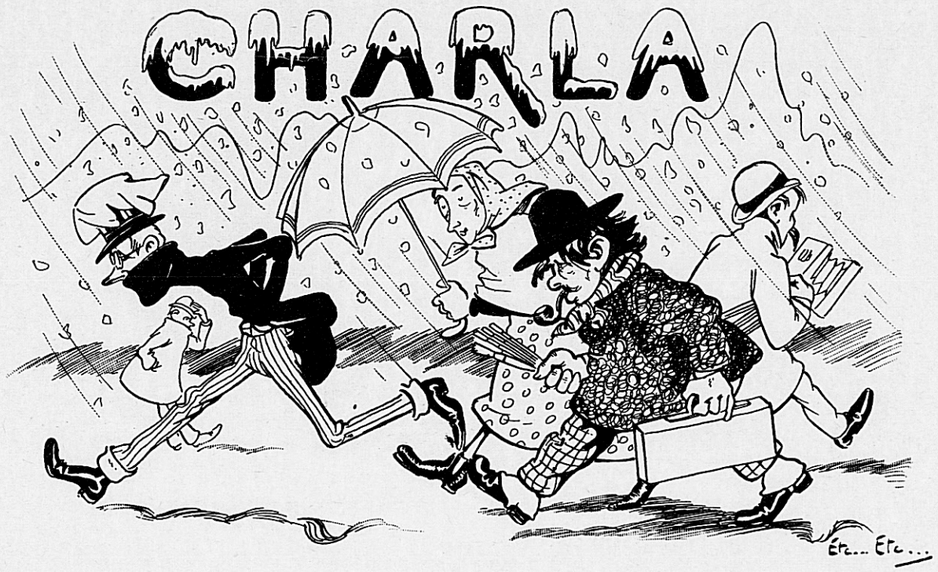
SOBRE NUMÉRICO.—Nicolás.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Tres grados bajo cero.

TRIÁNGULO SILÁBICO:

GUA DA LU PE
DA RE IS
LU IS
PE

AÑO XV BARCELONA 17 DE MARZO DE 1904 NÚM. 695



Es muy probable que cuando lean ustedes estas líneas ya no se acuerden del temporal de nieve que hemos sufrido.

Pero yo en mi afán de dar *noticias frescas*, á la nieve me agarro, por no tener otro asunto más ameno. Eso de los japoneses huele ya á puchero de enfermo; y lo de los rusos aunque muy del caso para el invierno, tampoco me parece propio para los paladares de mis queridos lectores.

Nada, la nieve: sus copos esponjosos, el blanco sudario que cubre valles y montañas, el cielo gris, la alegre fogata que chisporrotea dando tintes rojos y fantásticos á cuanto nos rodea en la habitación... ¿Verdad que es muy bonito todo eso?

Conozco á una viuda muy joven, muy guapa, medio loca, que cuando el frío aprieta se trastorna toda y se siente más *amable* que nunca. ¡Qué noche aquella .. la de la nieve!

Me encontraba en casa de mi bella amiga; y ya me iba á marchar fastidiado de la insulsez de mi visita, cuando se presentó la criada, diciendo con alegre tono:

—¡Señorita, asómese usted al balcón!

—¿Para que atrape una pulmonía?

—Es que está nevando...

Aun no había terminado la frase, cuando la viudita dejando la cómoda butaca que ocupaba, se dirigió al mirador de la galería para gozar con el sublime espectáculo que le ofrecía la naturaleza.

—Ya no se va usted, amiguito,—me dijo apretándome una mano,—esta noche me pertenece.

—Soy de usted en cuerpo y alma,—le contesté gozoso.

—¡Oh! Es muy hermoso ver cómo cae la nieve, junto á un hombre tan simpático como usted...

—¡Gracias, Elena! Aquí todas las simpatías son de usted...

—¡Ahora sí que nieva! ¡Qué frío debe hacer en la calle!

—Allí nos las den todas.

—Se me ocurre un magnífico plan.

—Venga el plan.

—¿Quiere usted que cenemos juntos?

—¿Aquí?

—Toma, pues es natural. Nos servirán los platos aquí mismo, viendo nevar... y ya verá usted qué felices somos á los postres.

—Yo lo soy ya en este momento.

—Pues aun no ha comenzado lo bueno. ¡Pero qué lindísimo se pone el jardín! ¡Qué transformación tan sublime! ¡Si hasta parece que una luz poética y vaga alumbra el paisaje!.... Vamos... ¿Quiere usted creer que hasta me entran ganas de darle á usted un abrazo?

—Y á mí también.

—Pero aun no es tiempo... falta nieve.... mucha nieve; á los postres seremos felices.

—¿Y si yo le hiciera un modesto ofrecimiento lo aceptaría?

—Esta noche puede usted pedir lo que quiera, no niego nada.

—¿Qué tal vendrían un par de botellas de *champagne* para esa cena que me ha prometido?

—Pues, hijo, vendrían que ni pintadas.

—Entonces la dejo á usted sola algunos momentos y voy yo mismo por el vino.

—¡Oh! Esto es más aun de lo que yo me podía figurar. Cuando vuelva usted no se quite el abrigo hasta que yo le vea. ¡Qué guapo y qué interesante estará todo lleno de nieve!...



No necesité oir más y cogiendo el gabán y el sombrero salí de la casa de Elena más contento y más loco que ella.

¡Y me puse de nieve hasta que llegué al café más próximo, que daba gloria verme!

—¡Jesús, como viene usted señorito!—exclamó un criado tratando de quitarme la nieve.

—Déjame y trae dos botellas de *champagne* del mejor,—le dije sentándome junto á una mesa.

—Ahora mismo,—dijo el criado, y desapareció en la cocina.

Y pasaron algunos minutos, durante los cuales procuré no moverme para conservar sobre mi ropa los blancos copos.

—¿Pero no viene eso?—grité al cabo de un rato.

—¡Van!—contestó un criado.

—Pero hombre que tengo prisa y se me está descuajando...

—¿Cómo?

—Que no puedo esperar más.

—Es que aquí no teníamos del bueno y hemos mandado á buscarlo fuera.

—¿Y tardará mucho?

—Cuestión de un cuarto de hora.

¿Qué hacer? Ya no había más remedio que esperar, y esperé con la paciencia de un mártir hasta que provisto de las botellas salí de allí como alma que se lleva el diablo.

Casi sin poder respirar llegué á casa de Elena.

—La señorita se ha retirado á su alcoba,—me dijo la doncella.

—Bueno, pues allá voy yo, que me estará esperando.

—No, señor. Está con un humor terrible, porque ha terminado de nevar, ha roto los encajes de la bata y me ha dicho que no está para nadie.



Calculen ustedes el efecto que me produciría la noticia. Me quedé helado, y hasta me dieron intenciones de tirar al suelo las botellas; pero la joven sirvienta, que no era fea por cierto, haciéndose cargo en un momento de mi situación, cogió el *champagne*, que estaba en peligro y exclamó con graciosa ingenuidad.

—A mí no me gusta la nieve, pero deliro por el *champagne*.

. . . . . .

A las ocho de la mañana del siguiente día, salíamos á la calle la doncella y yo con objeto de tomar chocolate...

En los vecinos montes se veía la nieve amontonada. Y en mi exaltada imaginación se amontonaban también mil ideas extravagantes.

El cambio no me había satisfecho; pero encogiéndome de hombros, exclamé para mis adentros:

—Esa mujer ha de ser mía. Mañana le propongo un viaje á la Siberia, y allí no se me escapa.

En efecto, aquella misma noche besé sus labios purpurinos mientras admirábamos las delicias de la nieve en un cinematógrafo.

JOAQUÍN ARQUES

Un drama íntimo

I

QUERIDO Arturo: Lo que conmigo has hecho, es incalificable.

Mentira parece que tan mal te portaras con la mujer que, como yo, te ha querido y te querrá con las veras de su corazón.

Después de pintarme con frases halagadoras, llenas de amor, un porvenir henchido de esperanzas, adormeciendo mi fantasía de joven inexperta y enamorada en dulces ensueños de felicidad; cuando, más que nunca, apasionada y seducida por tus promesas, lograste verme caer en tus brazos, para cederte los laureles de una victoria tan fácil como poco estimada por ti, huyes de la infeliz que te ha sacrificado cuanto pudo en aras de un cariño ciego, vehemente y enloquecedor, abandonándola á las torturas de un arrepentimiento ya tardío, expuesta á todo linaje de quebrantos y pesadumbres, haciéndola blanco del escarnio público, deshonrada, envilecida y sin asomos de próxima redención.

Tu conducta es infame.

¿Qué hice yo, pobre de mí, para que maltrates mi corazón en forma tan despiadada?

¿Qué mal te causé para que con tanto rigor me condenes?

¿Qué delito he cometido, merecedor de pena tan aflictiva?

Quererte, adorarte, creer en ti y en los falsos juramentos que, á guisa de señuelo manejaste, con objeto de hacerme caer en las inicuas redes que tus traiciones me tendieran.

La confianza me perdió, porque olvidé, en mis amorosos delirios, que ella constituye grave riesgo para los incautos...

Perdón, Arturo, si te ofenden mis lamentos.

No quisiera molestarte con palabras enojosas é inútiles acusaciones: tú no eres culpable de mi desventura y sólo yo debo sufrir el castigo que merece la propia ligereza.

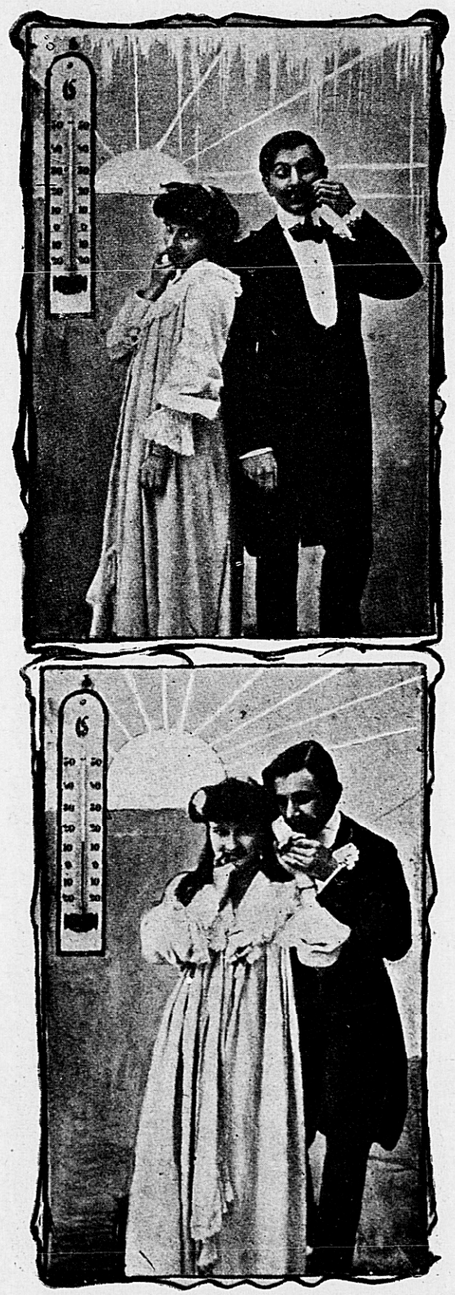
Después de todo ¿qué soy para ti?

Una muchacha, sin experiencia de la vida, á quien se puede engañar impunemente y abandonarla, como se abandona un objeto cuya posesión nos cansa... Eso son las mujeres como yo, en manos de hombres como tú.

Nada importa el deshonor de una familia humilde, á quien, como tú, vive en el fausto y la opulencia de esa dorada sociedad, donde impera la molicie más enervante y reina el vicio



La nieve caía, caía...
y el termómetro subía.



El sol comenzó á salir,
y el termómetro á subir.

en todas sus manifestaciones, con el carácter despótico del señor absoluto.

Nosotras, las hijas del pueblo, las que ganamos el pan con nuestro sudor, las que no podemos competir con las hembras linajudas, ricas y empingorotadas del gran mundo, somos para vosotros gente soez, canalla despreciable, carne en renta, destinada por la suerte á servir vuestros apetitos desenfrenados de imbéciles decadentes.

Harto sabes que, aunque modesta, mi familia fué siempre digna de respeto y consideración; mis honradísimos padres, educáronme con el esmero que sus recursos, no muy sobrados, les permitieron; y yo, hasta el día en que te conocí, jamás intenté cosa contraria á la honestidad de que siempre he blasonado.

Cruzaste por mi camino; tal vez guió tus pasos mi mala ventura, quizás el destino quiso probar mi firmeza en la piedra de toque de tus halagos... ¡Quién sabe!

Lo confieso: no está en mis manos dar al olvido las horas breves y felices que pasé á tu lado. No logro—ni lo pretendo—borrar de mi mente el recuerdo de nuestras misteriosas entrevistas, en aquel cuartito de la calle Mayor.

¡Qué alegre me pareció la vida entonces!

¿Recuerdas la escena de mi caída?...

Los dos en aquel comedor reservado, solos, frente á frente... Los vapores del vino y tus punzantes caricias, me volvieron loca y paré rendida en tus brazos, sin lucha, sin pesar... ¡sin conciencia de lo que hacía!

¡Bien aprovechaste mi debilidad para obtener el fruto de tus afanes amorosos!...

No te molesto más; aquello fué sueño y la realidad no puede ser más amarga para mí.

Mucho daño me has causado; quisiera perdonarte, pero me siento incapaz de tanta generosidad.

Sólo me consuela en mi desgracia, la idea de que pronto hallarás el castigo de tu perjurio.

No deseo más que verte padecer un día, lo mismo que yo padezco.—ADELAIDA»

II

Un año después.

«*Aida* mía: tu carta produjo en mi ánimo desastrosos efectos.

Si entonces fuera posible volver sobre mi palabra, á estas horas viviríamos tú y yo felices y enamorados como en otros tiempos.

No hubo remedio y me casé, más que por amor, por conveniencias de familia.

Yo no quería mucho ni poco á mi mujer; ella nunca me dió pruebas de un cariño profundo y entrañable.

Mi suegro, el marqués de la Giraldilla, era ministro á la sazón y yo ví en él un apoyo decisivo para realizar mis aspiraciones ambiciosas.

El marqués trató de aprovechar las aptitudes mías en favor de sus políticos anhelos, y como en cuanto á linaje, fortuna y posición social estábamos á igual altura, pusiéronse de acuerdo ambas familias y hete aquí concertada la boda.

La víspera del día en que se efectuó la ceremonia, recibí tu carta.

Lo confieso: su lectura me enterneció de modo que sentí rodar por mis mejillas lágrimas de arrepentimiento.

Aunque severa y á veces injusta en tus reproches, quedé convencido de que me amas con pasión profunda y de que fuí un ingrato al despreciar los tesoros de bondad y de ternura que tu alma encierra. Consuélete saber que en el pecado llevo la penitencia.

Como en el casamiento para nada intervino el cariño, puedo asegurarte que desde el día siguiente al de la boda, entró en mi ánimo la zozobra, el nuevo estado me resultaba insoportable y me arrepentí... ¡Ya era tarde!

Mi mujer tampoco demostró gran interés por conocer las causas de mi disgusto.

Así pasó para nosotros la mal llamada *luna de miel*. Luego murió mi suegro y con él mis esperanzas de engrandecimiento, quedando también destrozadas en flor mis pícaras ilusiones.

Poco tiempo después, acentuóse la repugnancia con que mi mujer aceptara su enlace con un hombre á quien no quería.

Yo, atento al bien parecer, soportaba resignado y en silencio sus desdenes.

Nos pagábamos en la misma moneda: mutua y cordialmente nos aborrecíamos...

¿A qué continuar el interminable cuento de mis desventuras?

Consuélate: mi castigo no se ha hecho esperar; tus deseos están cumplidos.

¡Mi mujer huyó del hogar con un amante!...

Ahora tú y yo, volveremos á ser felices.

No hay mal que por bien no venga.

Tuyo: ARTURO.»

Por la publicación

LUIS FALCATO



Mas tan alto sube ya,
que pronto se bajará.



El querer y el desengaño
me encontraron una vez.
Yo me fuí con el primero,
el otro, vino después...
El otro vino después,
que el querer me abandonó.
Desde entonces me es lo mismo
que me acompañen los dos.

=

No quiere el mundo, por pobre
ni prestarme su cariño.
¡Como si fuera el querer,
algo que compren los ricos!

=

Mi madre me lo decía,
no corras para querer,
que el querer cansa enseguida

=

¡Qué contenta está mi alma
cuando doy una limosna!
¡Pero qué tristeza siento
cuando pido cualquier cosa!

=

En las casas de los pobres
todos preguntan por mí,
y en las casas de los ricos
me tienen por infeliz...

=

La religión del recuerdo
es mi sola religión;
por eso paso la vida
en completa adoración.

=

A vueltas con mis ideas,
¡cuántas veces he llorado
por no deshacerme de ellas!

=

Los rosalitos con flores
dan alegría á tu reja,
y estando presos por ti
en vez de quejarse, alegran.

=

El amor es mi maestro,
y por él, lloro, suspiro,
gozo, río, canto y rezo...

=

La verdad y el matrimonio
tienen grande parecido.
Mucho gusto en conocerles
y en no haberles conocido.

=

Qué bonito, si pudiera
ir cristalizando besos,
para formar un collar
y ponértelo en el cuello.

—

¡Pobre regeneración,
mientras pidan las mujeres
una limosna por Dios!

=

No te rías, no te rías,
ni me trates con desprecio.
Mira que si no eres mala
es porque yo he sido bueno.

=

Dicen no me comprendes
¡y sería mi desgracia
el día que me entendieses!

=

¡Qué triste suerte la mía!
Admitir que me desprecien
y brindar mis alegrías...

=

Van creciendo mis amigos
á merced de la corriente;
si ven que subo, me siguen,
si bajo, desaparecen.

=

Voy á dejar mi guitarra
que descanse entre tus brazos.
Ya que toca para ti,
sírvele tú de regazo.

=

Yo quiero formar contigo,
castillitos en el aire,
por el gusto de formarlos
y ver cómo se deshacen.

=

Qué bonita, qué bonita
es la idea que sustento;
formar de mis enemigos
mis mejores compañeros.

=

Mira tú si seré bueno,
que me llamas, y no acudo
para no dejar de serlo...

J. Enrique Dotres



Ellas le toman por un marqués, y él por unas perdidas. ¿Quién se engaña?



Ella está en el nido
y él le hace el amor.

De aventuras

Don Mariano, hombre de buena posición, pero viudo y viejo para desdicha suya, se moría por las faldas, como vulgarmente se dice. Esta fué muchas veces causa de que se pusiera en ridículo ante sus compañeros en jerarquía, y, lo que es peor, ante sus subordinados.

Porque es de advertir que don Mariano disfrutaba un empleo magnífico, pues era jefe de negociado de unas importantes oficinas.

De él se contaban infinidad de planchas que hizo durante su *vida vieja*, llevado siempre de su afición excedida al sexo hermoso.

Entre otras cosas, se decía que un año, por carnaval, asistió nuestro hombre á un baile de máscaras, dispuesto á conquistar unos cuantos corazones sensibles de otras tantas mujeres hermosísimas, las cuales, enamoradas de su aspecto de *Tenorio* irresistible, se rendirían á lo garboso de su porte y á lo persuasivo de su palabra triunfante.

Pero le salió mal la cuenta, porque después de gastarse diez duros con una máscara muy gentil y muy amable, cuando ya el pillín de don Mariano se preparaba para comérsela á besos, y, atrevido, le arrancó el antifaz por fuerza, resultó ser un subordinado suyo, andaluz, muy guasón y muy chirigotero.



¡Vaya un par de pájaros
que están los *gachós!*

La aventura valió al bromista la cesantía en su destino, y á don Mariano una fama de tonto que daba pena.

Pues bueno. Un día, mejor dicho, una noche, después de haber cobrado la mensualidad correspondiente y de haber consumido una cena abundantísima, sintió el *ancianete* de mi cuento deseos de... vamos, de echar una cana al aire.

—¡Qué caramba!—se dijo, relamiéndose ambos labios.—Un día es un día, y mientras uno tenga *vigor* debe aprovecharse.

Y, tieso y finchado, salió á la calle, haciéndose la ilusión de que no tenía sobre sus espaldas sesenta y pico de inviernos.

Primero estuvo en un salón de esos de *moa*, donde hay cada *nena* que se canta y se baila como los propios ángeles, pues ya sabemos todos que en la gloria hace mucho calor, y por esta causa bailan desnudos los angelitos.

Como es de suponer, don Mariano se dió un *verde* mayúsculo de *pantorrilleo* exuberante y de morbideces frescas, aunque *algo postizas*.

En estas condiciones salió á la calle, dispuesto á *agarrarse* á lo primero que encontrara, que fué una muchacha de ojos tristes y mantón de pico.

La chica, perspicaz, se hizo cargo en seguida de la *setuación* de D. Mariano.

—Oye, hermoso,—le dijo;—¿quieres venir á mi casa, y allí te daré unas *golosinas* que tengo guardadas para ti?

—*Morronga* mía,—le contestó don Mariano, que es muy *elocuente;*—sabrás que lo de hermoso me ha conmovido, y que estoy dispuesto á ir donde tú me lleves, porque con esa palabra halagosa te has apoderado, sí que también posesionado de mi corazón, tierno como la palabra de Vadillo.

—Pues agárrate á mi brazo y vamos *palante*, que ya verás la *colección* de cosas que me traigo con los parroquianos *arsiduos*.

Y muy *amelonados*, llegaron á *cierta casa decente*, donde se perdieron en la oscuridad de la escalera.



Las hermanitas Carmona

A los ocho días de ocurrir *los sucesos narrados*, se observó en la oficina de don Mariano que éste cojeaba lastimosamente.

—¿Qué es eso?—le preguntaron sus más íntimos, con cierto retintín.—¿Alguna *caída?*

Poca cosa, chicos. Que *anoche* me obstiné en salir á la calle sin gafas, lo cual que no es propio á mi edad, y dí un tropezón de alguna importancia.

Los oyentes se sonrieron estilo Mefistófeles, y don Mariano se quedó tan fresco, creyendo que la mentira había pasado como verdad, sin hacerse cargo de que en este mundo *no pasan* más que algunas muchachas de ojos tristes y mantón de pico.

ABELARDO DELGADO

La felicidad

Vaya usted con Dios, don Fulgencio.

—Voy con mil demonios.

—Pues ya puede ir por sitios solitarios.

—Hombre, ¡parece mentira! ¡Que siempre esté usted de broma!

—¿Qué hacer? Ya pasó la época de las plañideras.

—Yo estoy desesperado.

—Dolor de muelas, ¿eh?

—No, señor; ¡mi suerte perra!

—Ah, vamos, ¿también es usted de esos..,?

—¡De cuáles?

—Evíteme el adjetivo.

—Yo no puedo vivir en este mundo.

—¿Se lo ha prohibido Maura?

—Me aburre la soledad; me molesta la compañía; me cansan las grandes ciudades con sus horribles ruidos; me hastía el campo con su silencio sepulcral. ¿Cómo vivir?



Paso sugestivo de dislocación, que sirve al más manso de sofocación.

—Como no sea en el aire...

—Mire usted: yo tengo veinte años, y ya nada me causa ilusión.

—¿Por qué no prueba el pegarse un tirito, aunque no sea nada más que uno?

—Lo dice en broma, y puede resultar...

—Una broma pesada, si se acierta.

—¡No me queda otro remedio!

—¡No ha de quedarle! Yo le puedo recomendar mil remedios por el estilo: tirarse desde el tejado á la calle; tomarse unas cajitas de cerillas; viajar por una línea española que tenga muchos túneles; oir unos cuantos discursos de Silvela, etc., etc... ¿Cuál le parece mejor?

—El del túnel; quiero morir en la sombra.

—En tal caso, dé un grito de esos que dicen que son subversivos. Resulta más cómodo.

—Lo haré, lo haré.

—Pero... ¿por qué?

—Porque no puedo ser feliz.

—¿Ha firmado algún contrato para ser siempre un desgraciado?

—Me persigue la *mala pata*.

—Pues hágase el rezagado, y deje que pase Romanones. No hay nada tal fácil como ser feliz, cuando uno quiere serlo.

—No lo comprendo.

—¿Usted ha tenido novia alguna vez?

—No.

—¿Ve usted? Ahí ha despreciado una fuente riquísima de ilusiones. La primera, creer que una hermosa se ha fijado en usted y se ha enamorado de su tipo. Esto casi siempre resulta mentira, pero no importa. Segunda, cartearse con ella y decirse mutuamente la mar de lindezas á costa de la luna, el sol, las estrellas y todo el firmamento. Tercera, casarse. Cuarta, ser padre. Quinta...

—Me parece que la quinta ya la ha dicho usted.

—Quinta, esperanzar con gran vehemencia que se muera pronto su mujer.

—Y se muere, y empiezo la misma serie con otra.

—Eso es; y tiene usted otra fuente.

—De ese modo es muy fácil ser feliz, pero las ilusiones son engañosas. Las ilusiones son como la mujer que nos falta. El día que conocemos su culpa recibimos un golpe terrible; pero ¿acaso no vale nada el tiempo que la hemos poseído, creyéndola buena? La felicidad no existe; es necesario que cada uno se la haga á su medida. ¿Ambiciona usted ser un literato de grandes aptitudes? Pues créase digno de rivalizar con Galdós. ¿Consiste su felicidad en ser un político de talla, respetado y querido del pueblo, y por todos admirado? Figúrese que lo es; no importa que no lo sea. Ahí tiene usted á Maura. Créame, amigo, no se pegue el tirito y entreténgase en hacer una felicidad para su uso. Es la única que existe.

F. CUENCA PI

Decía Carlos V que los alemanes hablaban como carreteros, los ingleses como niños, los italianos como enamorados, los franceses como amos, y los españoles como reyes.

Puyitas

¿En qué fundas el orgullo,
si estás á merced de todos
los que te den cinco duros?

—

¡Roberto! ¡Robertito!
¡Qué poco te pareces á tu padre!...
¡No escribas más, hijito!
¡Mira *que tienes madre!*

—

¡Cómo ha prosperado el vicio!
pues ya no hay coches bastantes
para el abono y servicio
de las mujeres galantes.

—

¿Conque juzgas inocente
á la cínica Ramona,
siendo su culpa evidente?
Juez que ha sido delincuente,
¡qué facilmente perdona!

EUSTAQUIO CABEZÓN

Los ojos de mi morena

Los ojos de mi morena
gloria deben encerrar,
pues cuando me miran fijos
hacen mi felicidad.

—

Yo no sé qué es lo que tienen
los ojos de mi morena,
que unas veces dan pesares
y otras veces quitan penas.

—

Las ubérrimas campiñas,
alumbra la luz del sol;
los ojos de mi morena,
alumbran mi corazón.

—

Si no hubieran inventado
el gas ni la luz eléctrica,
iluminaran el mundo
los oios de mi morena.

A. D.



Lección de baile: El primer paso para la carrera



Novísimo experimento de los rayos X

El castigo de Justo

Adiós, hombre,—le dijo la desconocida con el agudo falsete característico de la gente enmascarada. —¿Cómo estás, monín? Te encuentro muy taciturno esta noche.

Justo, que no ha podido conocer nunca, ni aun al pariente más próximo en el momento en que se ha plantado una cara postiza sobre la que Dios le dió, creyóse un lince y exclamó lleno de gozo y más satisfecho con su descubrimiento, que Colón con el de las Américas:

—Ya te conozco; eres María. ¿Y tu novio está bueno?—prosiguió diciéndole, en tanto estrechaba sus manos entre las suyas.

Es de advertir que Justo conocía de antiguo á una linda muchacha de este nombre con cuya familia le ligaban antiguas relaciones de amistad.

Respondióle después de algunos momentos de marcada vacilación, que su novio le había acompañado al baile y que habiéndose extraviado entre aquel inmenso gentío, le andaba buscando largo rato.

Ofrecióle su brazo, que aceptó después de unas cuantas monadas y marcharon á la descubierta, ella embromándole de lo lindo, y él, cada vez más ciego, creyendo llevar del brazo á su querida María, la única muchacha que podía hacerle más llevadera la noche y olvidar momentáneamente la escena violentísima sostenida hacía pocas horas con su cara mitad.

***

Grande era la animación que en aquel momento reinaba en la sala. Músicos y danzantes, excediéndose á sí mismos y animados de un ardor y de un coraje digno de los hijos de los hunnos y ostrogodos, desempeñaban sus respectivos papeles á las mil maravillas, los unos poblando los aires de esas armonías tan estrepitosas como incomprensibles, y los otros trotando á más y mejor por aquel campo de sus glorias, íntimamente enlazados en tan vistoso cuanto sabrosísimo nudo.

Armado de valor y constancia, recibiendo aquí un pisotón, más allá un puñetazo en las narices, regalo de un brazo que sobradamente estirado y á manera de aspa de molino, iba describiendo al compás de la música rápidos círculos en el aire, y después de haber saludado á su amigo Manuel, que estaba expulsando ignominiosamente de la sala á tres *señoritas* que por las trazas se hallaban dispuestas, si es que ya no lo habían hecho, á faltar en un dos por tres á los *deberes sociales*, consiguió Justo penetrar con su pareja en el departamento del piso alto destinado para *ambigú*.

Dos ó tres veces recorrieron el salón esquivando las miradas de algunos curiosos que tenían decidido empeño en conocer la máscara que le acompañaba. Por fin, cansado de andar de la ceca á la meca, halló una mesa vacante, y allí sentó sus reales en espera del camarero que andaba atareadísimo de uno á otro extremo.

En tanto le traían la lista que había pedido con voz de trueno, contemplaba con arrobamiento de sátiro las encantadoras formas de su misteriosa compañera, permitiéndose ciertas libertades de lenguaje que no cuajaban muy bien en su carácter de padre de familia. La máscara parecía en momentos sentirse ofendida cual virgen pudorosa, más dejando entrever en sus palabras la esperanza de acceder á sus deseos. Metió no sin cierto disimulo el dedo índice y pulgar en el bolsillo izquierdo del chaleco, ansioso de averiguar las perretas que en él se albergaban.

Tres duros eran los únicos pertrechos con que contaba para sostener el vivísimo fuego de la plaza.

Con tan escaso numerario, pueden figurarse mis lectores cuál sería su zozobra y los infinitos vuelcos que le daría el corazón al ver que su fingida María, convertida en general en jefe de las operaciones, iba consumiendo raciones sobre raciones de chuletas, aves y pescados, en cantidad suficiente para acallar el hambre de todo un batallón de cazadores.

Cada nuevo plato que veía aparecer sobre la mesa era un nuevo flechazo que venía á clavarse en su tetilla izquierda, un volapié á muerte para su pobre y exhausto bolsillo. Sumido en graves meditaciones y tratando de resolver el difícil problema de pagar sin tener con qué, no despegaba sus labios ni aun para hacer la más pequeña observación.



Su locuacidad de antes se había trocado en un incomprensible mutismo, mirando con cierto aire de idiotismo á su gastrónoma pareja. Ya se disponía á salir de la incertidumbre arrancándole la careta si se obstinaba en continuar guardando el incógnito, cuando el mozo, que se presentó á cobrar el importe de aquella cena sibarítica, vino á dar un nuevo giro á la cuestión.

—Cuanto debo, muchacho,—le preguntó con la serenidad y sangre fría que son de suponer en un hombre que tiene el convencimiento de que es insuficiente el dinero que lleva para pagar.

—Cuarenta pesetas,—contestó con impasible calma el interpelado.

—¿Cómo han de ser cuarenta pesetas? ¿Estás en tu cabal juicio?—le dijo balbuciente y más blanco que la pared.

—La ración de fricandó cuesta dos, la merluza con salsa tártara tres cincuenta, el rosbif dos setenta y cinco, el chantilly cinco, y el...

—Y el demonio que te lleve á ti, al fondista, y á los tontos que venimos á dejarnos robar tan descaradamente, exclamó en voz alta, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

La desconocida dió un grito, y la careta, cuyo nudo, sin duda, se había aflojado, se le escurrió de su sitio, quedándose arrollada al cuello á manera de corbata.

¡Qué horror! ¡No era María! ¡Era Encarnación! Su propia mujer que, gracias á la locuacidad de algunos contertulios, estaba en el secreto de lo que se proponía hacer Justo durante aquella noche y quiso darle tan pesada jugarreta.

* * *

Dos horas más tarde, transido de frío y procurando recuperar entre sábanas y mantas el calor perdido, decía para su fuero interno profundamente contrito de sus culpas y pecados:

—Que me emplumen si vuelvo otra vez á semejantes bailes, sin antes decírselo á mi mujer.

FRANCISCO MORILLO



Tres mujeres de primera, que están haciendo furor, cantando y bailando tangos por esos mundos de Dios.

Cantares

¡No hay pesares cual los míos
ni penas como mis penas!
¡No hay quien mis dudas disipe
ni quien mi dolor comprenda!

—

Muchos dicen, con razón,
que de buena nada tienes;
¡siempre miro por tu bien
y me pagas con desdenes!

—

No es posible que á mi alma
se la lleven los demonios,
porque ya se la llevaron
las miradas de tus ojos.

—

Las flores de tu ventana
por esta razón son rojas:
¡con lágrimas de mis ojos
han sido regadas todas!

—

Las cuerdas de mi guitarra,
creo que sienten mis penas;
siempre que canto, parece
que gimen y lloran ellas.

—

Jesús á los hombres dijo,
con dejarse dar la muerte,
que jamás alcanzan premios
los que la verdad defienden.

—

No compares con mis penas
las penas que estás pasando;
las tuyas no dan la muerte,
¡las mías me están matando!

—

Porque nunca puedo verte,
mi sufrir es tan profundo,
que más que yo no es posible
que sufra nadie en el mundo.

EMILIO PÉREZ EGEA

ANÉCDOTA.—Entraba un *quídam* en un salón, y un amigo dijo al amo de la casa:

—Ese que entra, á juzgar por la cara, parece un bestia.

—Su cara engaña,—contestó el anfitrión,—porque es más bestia de lo que parece.



Galería de bellezas. (4.ª de la serie)

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

—— DE ——

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

LA SAETA

—— SEMANARIO ILUSTRADO ——

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 298

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna. — Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.
Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres
La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 15, librería.